



Nathaniel
Hawthorne

LA
CASA
DE LOS
SIETE
TEJADOS

La Casa de los Siete Tejados es el nombre que recibe popularmente la mansión de la familia Pyncheon, que se cree víctima de una maldición desde que el patriarca, el puritano coronel Pyncheon, arrebató las tierras sobre las que se erige al humilde Matthew Maule, que terminaría siendo ajusticiado por brujería durante los célebres juicios de Salem de 1692. Ciento cincuenta años después, parece que el destino de los escasos descendientes de la familia que aún viven en la casa confirma la maldición de Maule. La inesperada llegada de la joven e inocente Phoebe Pyncheon parece prometer un nuevo hábito de vida y esperanza para los moradores de tan lúgubre residencia, pero ni ella ni sus primos se imaginan que pende sobre ellos una terrible amenaza de consecuencias imprevisibles.

INTRODUCCIÓN

I

DESDE la fundación de las colonias de Nueva Inglaterra en el primer tercio del siglo XVII por ingleses puritanos que huían de la patria buscando libertad para la práctica de sus creencias religiosas, la vida espiritual e intelectual de esas colonias estuvo dominada por sus dirigentes religiosos, que inculcaron a esas comunidades comportamientos y hábitos de pensamiento y de juicio que se extendieron a toda la sociedad norteamericana por el prestigio intelectual y social de Nueva Inglaterra y que aún perduran, a pesar de los esfuerzos de épocas posteriores por liberarse de ellos. Las obras de los puritanos de la época colonial, sermones en su mayor parte, tienen un valor literario desigual, pero la literatura norteamericana posterior está marcada por el puritanismo y por el gran debate a favor o en contra de él. Nathaniel Hawthorne, descendiente de uno de los primeros colonos de Salem, estudioso de la historia colonial, admirador del valor y entusiasmo de los que implantaron en América una civilización y crearon instituciones democráticas, crítico de su intransigencia religiosa y de la contradicción de la espiritualidad que confesaban y el materialismo que profesaban, de la libertad religiosa que buscaban, huyendo de la persecución en Inglaterra, y el anatema que lanzaban contra los que disentían de sus creencias, es heredero consciente, dos siglos después, de ese puritanismo que produjo en su propia familia la sombría grandeza del primer

antepasado que llegó a Nueva Inglaterra con su Biblia y su espada, soldado y dirigente religioso, legislador y perseguidor de cuáqueros, y la terrible intolerancia de otro antepasado de la generación siguiente que tomó parte, como juez, en la persecución y ejecución en Salem de los sospechosos de brujería^[1]. Nathaniel Hawthorne siente esas persecuciones como una vergüenza y una maldición que pesan sobre su estirpe y aunque disienta de la ortodoxia calvinista o mantenga respecto a ella una postura ambigua, hereda de sus mayores la preocupación por el mal, por el pecado y las consecuencias del pecado, que hace centro de su obra literaria.

Esta preocupación por el mal, que inspiraría asimismo a Melville, quince años más joven que él, contrasta con las corrientes de la época, en que la filosofía de Emerson (1803-1882), el trascendentalismo, lejanamente basado en teorías kantianas, niega la existencia misma del mal, se rebela contra toda autoridad y proclama la independencia religiosa y moral de América, especialmente en su *Ensayo sobre la Naturaleza* (1836), y la independencia intelectual, en su famoso *Llamamiento a los estudiantes americanos* (1837), que es una llamada a la conciencia de la individualidad, al espíritu nacional, a la ruptura del seguimiento servil de la cultura europea.

Hawthorne no fue ajeno a la influencia de Emerson; vinculado a su grupo, aunque no compartía sus creencias filosóficas y religiosas compartió su entusiasmo por una literatura nacional; se inspiró en la historia y en las tradiciones de su Nueva Inglaterra natal y en ellas encontró la fuente de sus mejores relatos, los que le merecieron el título de primer gran novelista norteamericano y le dieron un puesto de honor en la literatura del «Renacimiento Americano» junto a Emerson, Thoreau, Melville y Whitman.

II

Nathaniel Hawthorne nació en Salem, Massachusetts, el 4 de julio de 1804. En Salem recibió su educación, que completó más tarde en Brunswick, Maine, y a Salem volvió y allí vivió con su madre —su padre había muerto cuando tenía cuatro años— de 1825 a 1836, llevando una vida bastante solitaria, dedicada a escribir artículos e historias. En 1836 se trasladó a Boston para dirigir *The American Magazine of Useful and Entertaining Knowledge*, y tres años después y en la misma ciudad desempeñó varios puestos de responsabilidad en la aduana, que abandonó en 1841 para tomar parte activa, durante ese año y el siguiente, en la experiencia comunal de Brook Farm, en West Roxbury, Massachusetts.

En 1842 se casó con Sophia Peabody, que le daría tres hijos. Con ella se estableció durante tres años en Concord, Massachusetts, donde formó parte del círculo intelectual en el que participaban Emerson, Thoreau y Longfellow. En 1845 regresó a Salem y en su aduana trabajó hasta 1849, en que fue destituido por razones políticas, según nos cuenta irónicamente en «The Custom House», introducción a *The Scarlet Letter*, que se gestó entonces, aunque tenga claros precedentes en escritos anteriores, publicados en 1837, en *Twice-Told Tales*.

Los tres años siguientes, en que vivió sucesivamente en Lenox, West Newton y Concord, dedicado a una intensa labor literaria, le consagraron como escritor. De esa época son sus mejores obras: *The Scarlet Letter* (1850), *The House of the Seven Gables* (1851), *The Blithedale Romance* (1852) entre sus novelas, y *The Snow-Image and Other Twice-Told Tales* (1851) entre sus colecciones de relatos breves.

En 1853 dejó Massachusetts y vivió en Europa hasta 1860; primeramente en Inglaterra, en Liverpool, como cónsul de su país, luego en Francia e Italia, que le inspiró *The*

Marble Faun, y, finalmente, en Londres; de allí regresó a su Massachusetts natal que tanto amó y describió, a Concord, donde vivió hasta su muerte, acaecida mientras viajaba, el 17 de mayo de 1864.

Dejó varias novelas inconclusas que se publicaron después de su muerte: *Septimius Felton*, *The Ancestral Footstep*, *Dr. Grimshawe's Secret*, *The Dolliver Romance*.

Escritor romántico de estilo cuidado y melodioso, es creador de parábolas y alegorías, a veces difíciles de interpretar, y precursor del simbolismo en la literatura norteamericana.

La mejor fuente biográfica de este gran escritor son sus propias notas y su diario, cuyos manuscritos originales se encuentran en la Pierpont Morgan Library y han sido publicados como *The American Notebooks*, *The English Notebooks* y *The French and Italian Notebooks*.

III

The House of the Seven Gables, *La Casa de los Siete Tejados*, o de las *Siete Torres*, en la traducción de H. C. Granch, que es la de la presente edición, fue escrita y publicada en 1851, un año después de *The Scarlet Letter*, *La Letra Escarlata*, que ganó para Nathaniel Hawthorne la fama de gran escritor y que se considera su obra maestra.

En *La Letra Escarlata* Hawthorne revivía el mundo colonial de Nueva Inglaterra en la época de los asentamientos del siglo XVII, y en ese fondo histórico de una sociedad centrada en Dios, narraba una historia de delito y soledad, de pasión en lucha desesperada con la conciencia propia y la intransigencia ajena, de hipocresía, de celos, de odio y de venganza. Una historia de culpa en la que la crítica ha visto una alegoría moral: la brecha irreparable que el pecado abre en el alma, la incapacidad del hombre de purificarse

una vez manchado; una visión desoladora, ensombrecida por el pesimismo calvinista en cuanto al perdón, tanto para el pecador que arrastra en público las consecuencias de su pecado como para el que oculta arrepentido el delito en su corazón, o el que comete el pecado imperdonable, el de profanar la intimidad del corazón humano. Una alegoría de la naturaleza pecadora del hombre después de la primera caída, de la participación de todos en el mal.

La historia que Hawthorne narra después en *La Casa de los Siete Tejados* es también una historia de pecado y de culpa y, asimismo, ocurre en Nueva Inglaterra, pero a diferencia de la anterior, que se desarrolla en el espacio de siete años y se concentra en días, ésta perpetúa durante dos siglos las consecuencias de un primer delito en las generaciones de una familia, en tanto que esa familia habita en la casa construida en un terreno injustamente apropiado, del que se desposeyó a un primer morador.

La casa es protagonista en esta narración; la casa con su jardín que acota el espacio de una calle, que primero se llamó de Maule y luego de Pyncheon según los diferentes propietarios del terreno de la casa, en una ciudad que se ha tomado por Salem porque allí tuvo lugar la persecución y ejecución de brujos y de brujas que la narración recuerda, pero que Hawthorne nunca nombra como tal, porque el lugar es simbólico y la casa es simbólica en una Nueva Inglaterra que se da como real^[2].

La casa protagonista tiene un rostro, «como si fuera un rostro humano», envejecido por los años, por las inclemencias del tiempo y de las luchas y vicisitudes sufridas en el curso de su larga existencia. Esas huellas del tiempo, que cuentan por sí mismas su historia, permiten al narrador retroceder dos siglos o avanzarlos, hacer que pasado y presente pierdan sus contornos y se confundan, detener el pasado irrevocable, proyectar en él el presente, o proyectar en éste aquél; para, finalmente, neutralizar a ambos en un

futuro que ya no estará condicionado por el pasado, sino que será una nueva posibilidad de renacer, en un nuevo Edén en que inocencia o culpa serán elección y no predestinación. Hawthorne, que ha hecho que generaciones de Pyncheon expíen sucesivamente la culpa primera del fundador de la casa, que les ha predestinado a muerte violenta por la maldición que un primer delito arrancó a la víctima desesperada, les ha dado la posibilidad de opción individual entre el bien y el mal. Si a todos se extiende la desgracia, consecuencia del pecado original de la familia, no todos participan de la culpa. Entre los Pyncheon, fundadores, herederos y habitantes de la casa, los hay angelicales, como Phoebe; inocentes, como Clifford y Hepzibah; arrepentidos de un único pecado, el del orgullo, como Alice, y culpables también, pero por elección personal y libre albedrío, como Gervayse Pyncheon o el juez.

El espacio, decíamos, es protagonista en esta narración. La casa da título a la obra, una casa construida en Nueva Inglaterra de material perecedero, pero que resiste sol y viento durante siglos. Una casa de varios pisos y múltiples cuerpos de edificio —siete, que es número simbólico—, rematados por sendos aguilones o gabletes, con la enorme chimenea de un gran hogar central que debiera acoger a los miembros de una familia, primero próspera y numerosa; que recibió con espléndido festín a una multitud de invitados en épocas pasadas, que brillaba al sol, es decir a la alegría, a la esperanza, en el simbolismo de Hawthorne, pero que al cabo de los tiempos ha decaído tanto que el hogar apenas tiene una función. La casa, casi desierta de vivos, alberga sólo fantasmas y desaparecidos; la cal y cristal de sus muros, que recibían y reflejaban el sol, ya sólo cobijan e irradian sombras.

Las sombras y los fantasmas no son enteramente fruto de la maldición que pesa sobre la familia, puesto que, a pesar de la muerte del coronel y de su presencia permanente

en el retrato, la casa sigue intacta, llena de vida e incluso embellecida en el interior, aunque anticuada externamente. Dos generaciones después, Gervase Pyncheon llama al descendiente del Maule despojado y del Maule constructor, que no facilita a los Pyncheon el dominio de las posesiones del este que reclaman, pero que se adueña del espíritu de la hija de la casa hasta su muerte. Esta muerte de la bella, aristocrática y orgullosa Alice Pyncheon sí parece que inicia la decadencia de la mansión y de la familia, aunque el autor de la historia no lo diga explícitamente y aunque silencie los hechos acaecidos a varias generaciones y tome la cadena familiar varios eslabones después. Alice Pyncheon sería así un personaje clave en la historia de la casa, lo que justificaría la inclusión de su historia, rompiendo la estructura del tiempo y de la narración, las frecuentes alusiones a ella, antes y después de que se relate su trágico destino, a través de las flores y de la música, y que sea ella, la visión de su espíritu, la que cierra el relato. La posesión de ese espíritu por Maule habría dejado así la casa desierta y sin función, un cuerpo sin alma, cuya muerte anuncia la muerte del cuerpo de Alice; y si su espíritu vuelve a la casa no es ya para animarla con su vida, sino para convertirla en morada de fantasmas, del espíritu del pasado. Y es ese espíritu purificado, y no el del coronel ni el del juez ni el de los otros muertos, el que vuela al cielo y deja la casa definitivamente abandonada.

Mientras, Maule, el descendiente de los propietarios del terreno, tiene que volver a la casa y conseguir su espíritu de nuevo; su triunfo, que es el triunfo de los Maule sobre los Pyncheon, es el triunfo de su herencia y la identificación de su espíritu. Holgrave no se apodera violentamente del alma de los Pyncheon ni se burla de ella, como su antepasado; la respeta y la gana. Para llegar a esa identificación los Pyncheon han tenido que despojarse, en Phoebe, de su orgullo y sus pretensiones de aristocracia, y los Maule, en Holgrave, de su odio y su voluntad de dominio, para construir

juntos una realidad diferente, una casa que no sería edificada en un terreno usurpado ni discutido, una casa que, a pesar de todas las invectivas de Holgrave y Clifford contra la estabilidad que representa y que podemos interpretar como dirigidas exclusivamente a *La Casa de los Siete Tejados*, al pasado abominable, ellos, lo mismo que Hawthorne, desean sólida y duradera, perpetuada en los tiempos. Ese deseo y esa esperanza que la unión de Pyncheons y Maules hace posible es el verdadero final feliz de la obra; el deseo y la esperanza de un futuro asentado sobre el amor y la comprensión, no sobre la culpa y el remordimiento.

La estructura peculiar de la casa la caracteriza y le da nombre; no obstante, la vida del pasado y la supervivencia del presente se centran en la sala baja. La vida colectiva tiene lugar en la tienda, en contacto con el exterior; en el jardín, que admite a escasos amigos o allegados, y en la sala, santuario familiar donde no se admite a intrusos y a cuya puerta se habían detenido años atrás los más altos invitados, hasta el mismo vicegobernador. De la enorme mansión, la sala es la única habitación que se nos describe plena y reiteradamente con sus muebles y adornos. Allí está el retrato que preside y vigila, allí el mapa de las perennes ambiciones, allí los muebles que cambian según los moradores y los que permanecen en el correr del tiempo; allí el sillón que es el centro de la sala como la sala es el centro de la casa; y si el mapa y lo que representa pertenece al mundo de los sueños, lo que podría haber sido y no fue, el sillón pertenece al de las realidades, es lo más real de la morada y es su posesión lo que da vida o mata. Amplio y cómodo, a pesar de los años, es el asiento del dueño de la casa: sentarse en él equivale a adueñarse de ella.

La tienda, otro espacio importante, vergüenza de los Pyncheon y consecuencia de su decadencia, situada como un mal augurio bajo el piso que proyecta pesadez y melancolía, es casi el único modo posible de comunicación con el

exterior, de contacto con la vida, cuando el acceso a la casa por el amplio portón como de iglesia está reservado estrictamente a los dos hermanos que la usufructúan y a Phoebe, a su llegada. El juez mismo ha de entrar por la tienda, ni siquiera por la puerta del jardín, entrada de Holgrave, porque el jardín, que recibe al tío Venner, le está prohibido.

El jardín es el lugar de los encuentros de Phoebe y Holgrave y objeto de sus cuidados, de la distracción de Clifford, de las charlas amistosas y descanso en las tardes dominicales. Jardín y huerto, silvestre y cultivado; vibrante de vida con pájaros que anidan e insectos que zumban, pero dominio de una raza decadente representada en la decadencia de sus aves de corral; es para los jóvenes protagonistas, como el jardín del Edén donde se ha deslizado el mal; las aguas del manantial, primero puras, están envenenadas, y acecha un gato negro, figura del mal y de la muerte.

El tiempo es también esencial en el relato: los tiempos, más bien. La supervivencia de un pasado que revive intermitentemente, como el coronel en algunos de sus descendientes; pasado, para ellos, de culpa. El pasado misterioso y terrible de Clifford que esconde inocente en el otro pasado culpable y doloroso de la casa; el pasado que para Holgrave, el pensador, es como el cuerpo muerto de un gigante que yace sobre el presente; un pasado, un cuerpo muerto familiar, «que sólo necesita ser enterrado decentemente».

Hawthorne, que respecto al espacio asegura que su ficción está «relacionada más con las nubes del cielo que con el suelo real de Salem^[3]», marca unos hitos de tiempo para situar su narración en la Historia, pues «el aspecto histórico del relato no por ser ligero es menos esencial en el plan de la obra», según nos dice en el prefacio. La construcción de la casa cuya inauguración coincide con la muerte del coronel tiene lugar «ciento sesenta años antes» —el libro se pu-

blica en 1851—, durante el reinado del rey Guillermo de Orange (1689-1702), puesto que se da al vicegobernador tratamiento de representante suyo en Massachusetts. Esto sería coherente con el tiempo de la ejecución de Maule, pues los procesos por brujería de Salem tuvieron lugar en 1692. El desenlace de la historia ocurre «en una época no muy alejada de la actual», es decir no muy alejada de 1851. El autor nos da número de años, pero habla más de generaciones que de fechas^[4], en esos eslabones que ha elegido en la cadena de los hechos que, contados en su totalidad, ocuparían más volúmenes «de lo que sería prudente añadir a los anales de Nueva Inglaterra» —y aquí nuevamente sugiere el carácter histórico de su relato—. Esos eslabones elegidos son los momentos en que un personaje del carácter del primer Pyncheon —su inmortalidad intermitente—, origina una crisis en la historia de la familia y de la casa, crisis a la que inexorablemente está vinculado o de la que es testigo un Maule. Sabemos así que Gervayse Pyncheon es el nieto del coronel, niño a la muerte de su abuelo y padre de la joven Alice, casi anciano, cuando la expone a su ambición, y que hay luego un salto de tres generaciones hasta el desenlace, puesto que Phoebe es biznieta de una hermana de Alice. Si los hechos fueran históricos o se tratara de una alegoría histórica, sobre estos hitos de tiempo, tanto como sobre los hechos mismos, habría que basar su interpretación.

Un estudio de los personajes de la obra nos llevaría a su clasificación entre principales y secundarios y, siendo la casa la protagonista, la importancia de los personajes dependería de su relación con ella; por tanto serían principales los que habitaron y habitan en ella o pretendieron y pretenden su posesión. Tendríamos pues Pyncheons y Maules. De ambas ramas familiares el autor selecciona, en el paso de las generaciones, personajes de tres momentos claves en la historia de esas familias y en su mutua relación.

La primera crisis se genera en el litigio por la posesión del terreno de la casa. Los dos protagonistas de la acción morirán violentamente y ninguno está enteramente libre de sospechas respecto a la muerte del otro, si no ante la ley, al menos en las habladurías del pueblo. Matthew Maule y el Coronel Pyncheon, tienen en común además el perpetuar en su descendencia sus propias características personales. Si Maule era considerado brujo terrible en su día y como tal sentenciado y ejecutado, su nieto, que siguió el oficio y estatus social de su padre, heredó la características cuestionables del abuelo; como a un brujo se le tenía y como tal se le consultó, y el último Maule, Holgrave, que tiene como él poderes de hipnotización, comparte su heterodoxia en cuanto a la ley y a la política. Todos ellos mantienen el orgullo que les da la conciencia de la superioridad de su espíritu y sus derechos sobre los Pyncheon.

En cuanto al coronel, avaricioso, sensual y ceñudo, tiene su réplica siglo y medio después en el juez, aunque oculte lo negativo de ese parecido bajo su fingida benignidad. Gervayse, nieto del primer Pyncheon, no comparte algunas de sus características, no se ajusta fielmente a ese primer modelo, perenne en el retrato, pero mantiene la pretensión familiar al dudoso territorio del este.

Los antepasados de las dos familias tienen pues en común el perpetuarse en sus descendientes, aunque con grados diferentes de identificación o evolución.

Para los Maule, esa evolución va, respecto a su actividad, de la roturación y cultivo de la tierra a la artesanía, y, finalmente, al arte y a toda la inquietud profesional e intelectual que Holgrave representa. Su evolución sería cultural: primero conquistar la tierra, convertir el bosque primitivo en terreno laborable, luego construir la choza y más tarde la casa —que sea para otro, ése es su agravio— y, finalmente, adornarla. En otro orden de cosas, pero íntimamente relacionado, su evolución va de la libertad en la paz de Matthew, el primer colono, a la rebeldía suya y de su descen-

dencia. Esta rebeldía será junto a su orgullo, el rasgo permanente de los Maule, por eso su pérdida, en Holgrave, ha sido considerada frecuentemente por la crítica como la pérdida de su identidad y, por tanto, una quiebra del personaje, si bien podría considerarse igualmente en esa pérdida la identificación final con el carácter de su antepasado antes de su rebeldía, su paz en la libertad, penosamente reconquistada en un Edén que primero sería la tierra de Nueva Inglaterra y, más tarde, la tierra prometida que Phoebe, «la flor del Edén», encarna.

Para los Pyncheon, la evolución social sigue dos líneas: una, manteniendo su rango, consistiría en la diversificación aparente de las funciones. Así, si el coronel es a la vez soldado y caballero, dirigente militar, religioso y político y como tal exhibe las insignias de espada, Biblia y bastón, los espíritus de la media docena de descendientes suyos que se reúnen a media noche en torno al retrato ostentan cada cual una sola de esas prerrogativas. Uno será clérigo puritano vestido de negro; un segundo, oficial con casaca roja; otro, caballero vestido de brocado y un último será juez. Este juez, el juez Pyncheon, volverá a reunir todos los poderes del viejo antepasado: influirá en la iglesia, en la política y en la vida social. Encubrir este hecho bajo una aparente fundón única de juez, pretender que ejerce la justicia cuando practica la arbitrariedad de su lejano antecesor, lo mismo que disimula la identidad de su carácter, visible sólo para sus víctimas y para los ojos clarividentes del artista, constituye su hipocresía radical, al menos la hipocresía que Hawthorne le atribuye.

El juez, epílogo de todos los Pyncheon, tiene también las características de los que siguen diferente evolución, de los que pierden el pretendido rango aristocrático de la familia. Como el Pyncheon que abre una tienda en la casa solariega, para vergüenza de su descendencia, el juez tiene intereses comerciales, aunque sus transacciones sean de la

clase que borra la pretendida afrenta con lo sustancioso de las ganancias.

Es Hepzibah, la Pyncheon empobrecida, quien reanuda la «afrentosa» tradición del comercio al por menor, con ganancias de a perra chica, la que nacida señora acepta ser plebeya para que su hermano siga siendo aristocrático. Es esa evolución la que en Phoebe, insertada en el pueblo antes de su nacimiento, va a producir finalmente la Pyncheon despojada de orgullo y de pretensiones de aristocracia capaz de curar de ellos a Pyncheons y a Maules. Una flor, como Alice, nacida del viejo tronco familiar —y a flor compara reiteradamente Hawthorne a ambas—, pero no como aquélla una flor exótica, exquisita y frágil, sino la flor sencilla y espontánea de la naturaleza primitiva, «la flor del Edén».

En esta división de los personajes de la obra en Maules y Pyncheons es digno de observar que mientras los representantes de los Maule son siempre masculinos, los Pyncheon seleccionados son hombres y mujeres, lo que podría llevarnos a otra posterior clasificación de éstos y al estudio de otra evolución, la de los caracteres femeninos.

En efecto, de la Pyncheon primera en el tiempo, aunque introducida la última en la narración, Alice, la Pyncheon de la leyenda de Holgrave, a la Pyncheon última y definitiva, Phoebe, pasando por la vieja Hepzibah, eslabón intermedio entre el antiguo espíritu aristocrático de la primera y el nuevo espíritu democrático de la última, hay una línea de evolución que no corresponde exclusivamente a la evolución de la condición de la mujer ni del ideal de mujer en el tiempo que abarca la narración y que desemboca en lo que podría ser lo que Hawthorne propone como ideal femenino de su época, que no corresponde con el modelo de las mujeres intelectuales de ese tiempo representado por Margaret Fuller, del grupo emersoniano, y que en cualquier caso podría ser exigido por necesidades del sentido alegórico de la obra.